

darme alguna cosa que vale tanto como lo que yo os doy!

Se refería al niño, cuando decía esto; pero Lucía no entendía una palabra.

—Y vos, señor,—añadió esta dirigiéndose á mí,—¿con qué podré pagaros nunca la gran bondad de que habeis usado para con unos pobres como nosotros?

—El corazón es la moneda de los que carecen de otra,—le dije con una sonrisa de ternura, que me sirvió para disimular mi zozobra por el estado de su marido,—y es la mejor, segun dice el Evangelio. Mi mayor recompensa, por lo que he hecho, bajando de la montaña y perdiendo algunos dias en Voiron, estriba en que Dios os vuelva vuestro marido.

CXLIX

Pero ¡ah! La Providencia parecia hacerse sorda á los ruegos de los que la pedíamos el restablecimiento de Juan. Este se hallaba ya agonizando el dia noveno; por lo que se llamó á un sacerdote que bendijera su despedida de la tierra. En cuanto al médico, habia apurado ya los recursos de la ciencia, y viendo que todo era inútil, se acercó á Genoveva y á Lucía, que lloraban lo mismo una que otra á los piés de la cama, esta por su marido y aquella por Lucía, á la que iba cobrando el mismo afecto que á una hermana.

—Es preciso que este hombre envíe á llamar al escribano,—dijo en voz baja á las mujeres;—si no sabe escribir no es probable que se haya ocupado nunca de su testamento, pero ahora no puede prescindir de hacer su última disposicion.

Los bienes de Juan consistian, ademas de su oficio y de sus herramientas, en esos otros que poseen la mayor parte de los montañeses, y son: su cabaña, su huerta y uno ó dos praditos; solo que como era tan jóven, no habia pensado en testar de ellos nunca; ademas, pensaba que aquel pequeño patrimonio pasaria naturalmente á su mujer. Así es que, tan pronto como el médico le hi-

zo comprender que su pobre Lucía quedaria quizá á merced de una nuera, dentro de su misma casa, consintió en que se llamase á un escribano y á los testigos, para hacer la distribucion de bienes entre su mujer y su hijo. Yo fui uno de los que se buscaron para dar fe de aquel acto supremo que establece una relacion íntima entre el muerto y los que le sobreviven, en virtud de la herencia.

La casa del escribano distaba dos pasos del meson. Juan habia recobrado toda la lucidez de su inteligencia, que es lo que sucede por lo comun, á la hora de la muerte.

CL

El moribundo dictó en voz alta, y el escribano estampó en un papel el testamento que sigue:

«Lego el usufructo de mis bienes en Gros-Soyer, á mi mujer Lucía, y la propiedad despues de su muerte á mi hijo.»

—¿Nada mas?—preguntó el escribano al testador.

—Nada mas. Por lo mismo que mi mujer es tan buena madre, cuidará mientras viva de mi hijo y de todo lo que le pertenece, encontrando este todo lo que dejo cuando muera aquella. ¿No te parece bien, Lucía?

La jóven no respondió, antes por el contrario, volviéndose repentinamente á la pared, hizo un gesto de desesperacion, tan opuesto á la dulzura habitual de su carácter, y á la tranquilidad melancólica de su actitud, que no supe cómo esplicármelo. Verdad es que, desde el punto en que se nombró al escribano y al testamento, y sobre todo cuando entraron el funcionario público y los testigos en el cuarto, Lucía no pudo ocultar cierta agitacion que no solo revelaba el dolor, mas tambien la angustia y la convulsion del alma.

—Pues entonces, solo falta firmar, señores,—dijo el escribano, que habia revestido ya aquel corto testamento de las formalidades de costumbre.

Yo fui el que se adelantó á los demas; todos los cuales guarda-

ban el silencio que sigue á un acto supremo consumado. Tenia la pluma entre los dedos y habia trazado ya las primeras letras de mi nombre bautismal, cuando un grito espantoso me la dejó caer de la mano.

— ¡Deteneos, señor, deteneos! ¡no firméis! —gritó Lucía, volviéndose de repente, con el rostro encendido y tendiendo las manos hácia su marido en ademán suplicante, poniéndose luego de rodillas delante de la cama y golpeándose, por fin, el pecho con el puño, semejante al que se confiesa y se impone la penitencia á sí mismo por un delito. — ¡Deteneos, señores, soy una miserable! ¡no merezco el marido tan bueno que Dios me ha dado! ¡Le he engañado! ¡He mentido por espacio de ocho años, con el fin de evitarle un disgusto, y ahora iba á hacer mentir, sin que él lo supiera, á la misma muerte, por su boca, con objeto de evitar que quedase desheredado un niño á quien quiero con exceso!

— ¡A un niño que quieres con exceso, Lucía? —preguntó el marido, asombrado del gesto y del grito de su mujer; — ¿y en qué te fundas para decir que quieres con exceso á nuestro hijo? ¿Pues no es tuyo tanto como mío?

— ¡Oh! ¡Perdon, perdon, mi querido Juan! —dijo Lucía, cogiendo entre las suyas las dos manos frias de su marido, y hundiendo su frente en ellas como si quisiera hundirla en la sombra de la muerte. — ¡No, no es mío! ¡No, no es tuyo! ¡El nuestro murió á los dos meses de nacer! ¡No quise afligirte con la noticia cuando volviste, he mentido, primero por amor tuyo, luego por amor del niño. Pero esto no es lo mismo que mentir á Dios hasta la muerte, ni que grabar mi conciencia con el peso del robo que tú harías, inducido por mí, á tus parientes, si lo dejabas todo á un niño que no es nuestro! ¡Un testamento semejante equivaldría á una infamia, Juan! Escribid, escribano, lo que mi marido os diga ahora.

— Lucía, después de esta confesion que le habia arrancado su propia conciencia, aguardó, como herida de un rayo, la contestacion del moribundo.

— ¡Está bien! —dijo este despues de un gran rato de silencio, durante el cual parecia haber estado examinando en su memoria, los hilos enredados de su pensamiento; — no me has engañado sino por mi tranquilidad; te perdono, Lucía, y te bendigo por tu mentira en el artículo de la muerte; queria al muchacho como si fuese hijo nuestro, pero conozco como tú que no debo quitar á mis parientes lo que les pertenece. Escribid, señor escribano, que lego mis bienes en usufructo á mi mujer, y la propiedad, cuando muera, á mis parientes.

El escribano escribió, los testigos firmaron, y terminado el acto retiróse cada cual. Rendido por la emocion el enfermo, volvió á caer en el sopor y en el delirio de que le habia sacado momentáneamente la llegada del funcionario. Lucía, por su parte, fué acometida de una calentura leve, consiguiente á la agitacion en que tenia su alma, y se acostó en una de las camas de la misma habitacion en que Juan luchaba con la muerte. Respecto de Genoveva, solo podemos decir, que tenia dos enfermos de quien cuidar, en vez de uno: sin que por eso dejase de atender á todo, pasando alternativamente del lecho de Juan al de Lucía, seguida del niño que la ayudaba y que iba tomándola por momentos el mismo cariño que tenia á Lucía y á Juan. Aquel inocente no habia comprendido cosa alguna de lo ocurrido con el escribano al estender el testamento. Tantas veces como se le hubiera dicho que Lucía no era su madre ni Juan su padre, otras tantas su corazón le habria repetido con mayor fuerza que el era su hijo.

CLL.

De esta suerte pasaron tres dias sin que cambiase en algo el estado del pobre enfermo. Aliviada su mujer del peso de su conciencia, no tardó en restablecerse; por otra parte, la lentitud del mal de su marido empezaba á devolverle la esperanza de que Dios no se le arrebataria á su amor. El mismo médico encontraba los sintomas menos alarmantes. En el cuarto habitado por los cuatro po-

bres, había horas de silencio y de descanso, durante las cuales se oía solo la respiración del soñoliento Juan, algo más fácil y acompañada; pues entonces precisamente era cuando las dos mujeres que no sabían separarse, hablaban al lado de la ventana. El niño jugaba ó trabajaba con las herramientas de Juan. Genoveva iba conquistándose cada vez más el corazón y la confianza de Lucía. Y esta misma joven desde que había lanzado el grito de su conciencia delante del escribano, parecía ser más querida de Genoveva, quien no la perdía de vista ni un momento, de la misma manera que se sigue con los ojos un tesoro ó un misterio que se teme ver desaparecer con la persona que es su depositaria, y que se lo llevaría todo si desapareciese. Lucía volvia corazón por corazón á Genoveva. En esos corazones sencillos la amistad no tiene las reservas y las cautelas que la hacen detenida y sospechosa en las clases en que los sentimientos son más complicados. Hacerse favores es conocerse; agradarse es quererse. La naturaleza no reflexiona, siente; y aquellas dos mujeres se amaban.

CLII.

Estando ya Juan casi convaleciente, se quedó dormido una tarde con un sueño pacífico sobre la almohada, alumbrando su cabeza un rayo de sol que iba á ponerse. Yo me ocupaba en dar la enhorabuena á Genoveva y á Lucía, por el milagro alcanzado de Dios y de la naturaleza, en virtud de sus oraciones y de sus cuidados, cuando la criada que no pensaba en otra cosa que en aclarar el misterio, ya medio descubierto del niño, se sentó sobre una de las camas más separadas del enfermo al lado de Lucía.

Yo hice otro tanto sobre la cama inmediata enfrente de las dos mujeres; y al punto los ojos de Genoveva comenzaron á suplicarme que hablase á Lucía. La comprendí en seguida y conduje la conversación á ese tono grave y tierno de intimidad producido por una felicidad que á todos interesa. La dicha abre el alma y todo se escapa del corazón con las lágrimas dulces de la alegría.

—El día pasado solo proferísteis una palabra, delante de los testigos—dije á Lucía—palabra que, según las señas, os fué muy costosa, al ir á confesar á vuestro marido que le habíais tenido engañado por espacio de ocho años, haciéndole creer que este niño que aparentábais amar tanto era vuestro hijo; pero hoy que Juan se halla fuera de peligro y que habreis de darle con franqueza y uno por uno todos los pormenores, contadnos á Genoveva y á mí, por qué reunión de circunstancias y de sentimientos, vos que pareceis tan franca y tan sincera, os habeis propuesto mentir y engañar de semejante modo al que amais tanto.

—Voy á complaceros; con esto purgaré la falta que he cometido, sufriendo ahora la vergüenza de confesarla delante de Genoveva.

Esta, que había dado ya el alerta á todos sus sentidos, á lo que iban á percibir, escuchaba de antemano con el mayor interés, confiando hallar en la relación de Lucía, la confirmación de sus presentimientos acerca del niño, y otras pruebas evidentes de su verdadero origen.

CLIII.

—Tendría unos diez y seis años cuando me casé con Juan,—dijo Lucía;—sin que él ni yo sepamos qué día nos empezamos á querer; nos habían criado juntos en la cabaña de su madre. Parecíamos dos corderos del mismo establo. Su padre había ganado cuarto por cuarto su pequeña posesión en la montaña; mientras su madre se procuraba el sustento sacando criaturas de la Inclusa, que daba de mamar por cuatro francos al mes; después de lo cual y en la época en que principiaban ya á salir al campo, los ponía á oficio y estipulaba un pequeño salario por su trabajo. Yo misma pertenecí al número de aquellos pobres niños abandonados, alimentados y educados por ella; debiéndose á esto, sin duda, más tarde, el origen de mi falta: generalmente se toma cariño á los que llevan el mismo nombre, despreciado por el mundo, que nosotros. Luego que fui mayor, la madre de Juan, que se había prendado de mí porque

era mas fina de cutis y mas delicada de temperamento, y porque habia pasado conmigo mas trabajos, no quiso separarme de su lado. Me trató como si hubiese sido hija suya y me educó con Juan que tenia cuatro años mas que yo. Decian tambien que mi madre era una señora de Ginebra ó de Chambéry, que no podia reconocerme, pero que todos los años enviaba á la madre de Juan regalos de buen lienzo y vestidos, para estimularla á que me cuidara con mayor esmero. Pero lo único que yo he llegado á averiguar es, lo que la madre de Juan decia algun tiempo antes de su muerte á una vecina suya, que la criticaba el haber dejado casar á su hijo conmigo.

—Decid lo que se os antoje de Lucía, pero sabed que si su partida de bautismo no está en casa del *Maire*, ella conserva en su poder otra escelente que Dios le ha dado. Si á alguno debe causar vergüenza este matrimonio, no es ciertamente á mi hijo al que esto debe suceder.

CLIV.

Yo amaba á Juan sin conocerlo, y él me amaba á mí sin imaginarlo; pero la madre lo veia claramente, tanto que nos dijo un dia:

—¡Vosotros os amais!

—¡Calla! pues es verdad, —nos digimos los dos, llenándonos al mismo tiempo de rubor, —¿no es así?

—Entonces, es preciso que os caseis.

Nos pusimos muy contentos, muy contentos, como que nos amábamos desde la edad de doce años, ignorando lo que era aquello, y nos casamos para vivir siempre solos él y yo, y su madre que se habia quedado viuda y sin hijos en la casa.

CLV.

Quando llegaba el invierno se marchaba Juan, y no volvia hasta el verano; durante cuya ausencia cuidaba yo de su madre y de

las vacas. Eramos muy felices cuando mi esposo subia de los llanos. Estuvimos mucho tiempo sin tener hijos. Por fin, despues de tres años y medio, y cuando habia trascurrido uno de la muerte de su madre, me sentí embarazada. Juan envió á buscar muy lejos una comadre, y me la dejó en casa, cuando se marchó por el invierno, para que me asistiese en el parto. Parí, pues, mientras mi marido estaba en Saboya. ¡Ah! un hermoso niño que me quedé criando sola yo en la casa, cuando se despidió la comadre. Y ¡cuánta era mi alegría al pensar en enseñárselo á Juan, que deseaba tanto un hijo varon, para que le ayudase en su oficio y desempeñara su obligacion, cuando él no pudiese ya salir de casa!

CLVI.

Conviene que tengais presente que la posesion, llamada por nosotros de Gros-Soyer, se encuentra muy alta, y muy distante de todas las poblaciones. La casa está enteramente sobre el borde de una ancha cañada, por cuyo fondo corre un arroyuelo que se ve relucir acá y allá por entre el follage que le cubre. Abetos y otros árboles crecen á ambos lados de la cañada y levantan sus cabezas buscando la respiracion y el sol. La mitad de nuestro tejado está cubierto por sus ramas, viéndose solo el lado que corresponde á donde sale el sol, y hácia el cual cae un patiecillo con su galería de madera, y una escalera de piedra sin labrar que conduce á la habitacion. Por aquel lado tiene sol hasta el mediodia, mientras por el opuesto cantan los pájaros á la sombra de los árboles. ¡Aquello parece un nido! No es de estrañar, por lo tanto, que los vecinos me llamasen, cuando era pequeña, la tortolilla.

Pero entended, que al hablar de vecinos, me refiero á los habitantes de las aldeas esparcidas por la misma montaña. Dichas aldeas las constituyen siete ú ocho casuchas, muy separadas las unas de las otras, y que mas bien puede tomárselas por chozas de leñadores que por verdaderas casas. Los pobres que suben por los pueblos del llano, que no tienen nada, y que van á desmontar un tro-

zo de terreno, y á construir una vivienda con las piedras incultas del campo que rompen con el martillo, son los únicos que las habitan. En aquel pais es costumbre que los hombres vayan por el estío á segar á los valles, en el otoño á vendimiar, y en invierno á ajustarse para aventar trigo. Hay algunos que saben hacer zapatos; otros son contrabandistas entre Saboya y Francia; y otros, como mi marido, se ocupan en estañar las cucharas de hierro, y en componer los platos rotos con alambres. Las mujeres pasan la mayor parte del año en la casa ó en los campos, donde suelen criar algun niño de la Inclusa, y esto les ayuda á vivir.

CLVII.

Quien mas inmediato vivia á nosotros era una mujer, ya entrada en años, cuyo marido apresado por contrabandista y por haberse batido contra los aduaneros, estaba en galeras, hacia cinco años, faltándole todavia siete para cumplir su condena. Se llamaba la tia *Merodeo* y ejercia la profesion de su marido, haciendo los mismos viajes por la frontera. No tenia en su compañía sino dos cabras y algunas ovejas, con cuya leche criaba á los niños que sacaba de la Inclusa; pues era tal su imprudencia, que acreditaba en aquel establecimiento tener leche, sin embargo de que sus hijos entraban ya en suerte para la quinta; y si alguna vez no le concedían las criaturas, se ajustaba con otras mujeres, y les criaba las que ellas tenian con la rebaja de un franco en el precio de la Inclusa, es decir, por tres francos al mes. De este modo ganaba su pan, ó yéndose despues á merodear noche y dia á los jardines, y á robar las peras, nueces ó manzanas, que bajaba á vender luego en su pollino.

¡Ah! no se conoció nunca en el pais mujer tan cruel ni tan inhumana como ella. Era costumbre en el pais decir: «no quisiera ser su asno ni su cabra» pues castigaba á todas las criaturas de Dios, y principalmente á los pobres niños, cuando decian que tenían hambre.

Su casa, dominada por una roca, apenas se descubre; figuraos que de la roca se baja al tejado y del tejado al patio. Como os he dicho, esta casa es la mas inmediata á la nuestra; tanto que, al extremo del jardin plantado por mi suegro, hay un peral de invierno que deja caer la mitad de sus ramas en nuestro jardin, y la otra mitad en el patio de la tia *Merodeo*. Es un árbol que tiene, seguramente, sus doscientos años, y que cuando es buena la cosecha, produce mas de cuatro cargas de buenas peras, encarnadas como las hojas del cerezo despues de las heladas de otoño. Ahora bien; nos contentábamos con ver florecer y colorear dichas peras sobre el árbol; porque en el momento de principiarse á madurar, la tia *Merodeo* se apoderaba de las que correspondian á su patio, y en la noche siguiente el viento ó los grajos hacian tal destrozo, segun ella, que no quedaba fruta del lado de nuestro jardin. Por supuesto, que al otro dia encontrábamos las hojas desparramadas por el suelo, lo mismo que si el viento y las aves hubiesen tenido palos y horquillas con qué sacudir el árbol. Quien ciertamente los tenia era la tia *Merodeo*; por cuyo despojo de aquel desgraciado peral, que todos los años nos daba la esperanza, y rara vez la fruta que puede caber en un sombrero, teníamos mil disputas, que nos hacian vivir á disgusto y que nos obligaban á hablar mal á aquella vecina. Mi temor constante era de que Juan la pegase al fin, y el temor de Juan era, que al fin, ella prendiese fuego á nuestro pobre tejado de esparto.

CLVIII.

Sin embargo, no creais que era por ver el peral y los demas frutales del jardin pelados alternativamente cada noche, por lo que me incomodaba mas el tener tan cerca de nosotros, que amábamos la paz, aquella mala mujer, no; sino porque todo el dia estaba oyendo gritar á los desgraciados niños que criaba en su pajar, sin exageracion, como á los cabritos en un establo. Sus lloros y sus quejas me partian el corazon. Parecia que me ataban las manos para coser ó trabajar, cada vez que llegaban á mis oidos los pa-

decimientos de aquellas inocentes criaturas.

Ahora bien, me direis, ¿y qué conexión tienen la tía Merodeo y sus crias con vuestra relación? Vais á saberlo: Dios me es testigo de que no he entrado en estos detalles por murmuración. Además, la mala mujer ha muerto ya, y el señor la perdone los gritos que hacia dar á sus hijos de leche, como Juan y yo la perdonamos las peras que nos robaba.

CLVIX.

Ya os digo, señorita Genoveva, que habia parido un hermoso niño, aunque algo delicado como yo, y que habiéndose despedido la comadre de nuestra casa para su pueblo, yo estaba sola hacia tres meses, dando de mamar á mi hijo, esperando á mi marido, y gozando de antemano con el placer que le causaria. El niño medraba que era una bendición, bien es que yo tenia leche para criar á dos. La mitad del dia andaba paseándole por el jardin, y tirándole á lo alto con mis brazos estendidos, para volverle á recibir en mi seno.

Muchas veces, al dar aquellos paseos por el jardin, me acercaba hasta el peral, desde donde oia llorar de sed ó gritar á una hermosa criaturita de seis meses, que la tía Merodeo habia traído unos dias antes de la ciudad, haciéndose pasar por ama de cria. La perversa, la embustera, que le daba únicamente la leche sobrante de su cabra, esto es, la que no querian los cabritos!

Por otra parte, gastaba los dias enteros en hacer su comercio y recoger su mies, saliendo por la mañana y no volviendo hasta que el sol se habia puesto; de suerte que, durante todas estas horas, el pobre niño que habia quedado envuelto en su cuna, no tenia otra compañía que la del cerdo y el perro. La cabra era más compasiva que la mujer. Siempre que volvia de pastar se iba ella sola á donde estaba la cuna, y se ponía atravesada encima de la criatura para que la mamase; pero todo lo demás del tiempo no tenia á su lado el angelito mujer ni cabra; dormía ó gritaba desde lo interior del patio, pareciendo una queja que se exhalaba ella sola entre pare-

des aisladas. ¡Es lo más triste del mundo, señor, aquel gemido continuo y desesperado, de una voz que llora en la soledad de una casa, sin que nadie la oiga!

CLX.

Sin embargo, yo la oia; la oia mucho y cuantas veces sonaba, hasta que ya no pude más. De pronto se me ocurrió: ¡Dios mio, si fuese mi hijo me alegraría de que una vecina, enternecida por su necesidad, le diese un poco de la leche que le hace falta; y ya que no fuese otra cosa, que le hiciese una visita para alegrar un poco sus tristes ojos!

Cierto dia por la tarde, en que ya no debia volver la tía Merodeo, y la criatura lloraba más que lo de costumbre, cogí á mi niño dormido en mis brazos, me adelanté temblando hacia el peral, subí sobre la peña desde donde se va al patio, y bajé á él sin zapatos y con intención de consolar á la infeliz criatura!

¡Ah, qué muchacho tan hermoso me encontré! Pero á fe que vos mismo podeis juzgar, pues el muchacho era Joaquin; el que, si bien ha crecido mucho desde entonces, conserva sin embargo, la misma cara, con los mismos cabellos, aunque solamente un poco oscurecidos estos por el humo consiguiente á las operaciones del oficio de su padre.

Tenia destapados los brazos, como si hubiese querido espantar las moscas que le chupaban la poca sangre que le restaba; pero en el momento de verle me los tendió, pareciendo pedir que le tomase en los mios. Hizo una caricia á mi niño y balbuceó algunas palabras; era cosa de creer que queria hablar. Aquello me llegó al alma. Dejé á mi hijo al pié de la cuna, tomé á Sebastian en los brazos, jugué con él, y por último no pudiéndome contener, tal eran la pena y el placer que me causaba su hermosa cara, abrí la manteleta, y le di de mamar hasta que se satisfizo. Si hubiérais visto, Genoveva, ¡qué alegría, qué gozo, qué embriaguez la de aquel niño hambriento, qué palmaditas, qué pataditas daba con